

PREVENCIÓN, GESTIÓN Y FUTURO DEL TERRITORIO

ANA BELÉN NORIEGA BRAVO

Cada verano, los incendios forestales nos recuerdan con crudeza que habitamos un territorio vulnerable. Las imágenes de montes ennegrecidos, familias obligadas a abandonar sus hogares y cielos cubiertos de humo se repiten con la misma certeza con la que sabemos que volverán el próximo año. No son desastres inevitables, son la consecuencia previsible de décadas de abandono rural, ausencia de gestión forestal y de un clima cada vez más hostil.

La política contra el fuego no puede seguir siendo reactiva. Apagar incendios es heroico, pero insuficiente. Necesitamos pasar de la reacción a la anticipación. Y eso significa poner la prevención en el centro de las políticas públicas. Planificación forestal, adaptación al cambio climático, desarrollo rural y ordenación urbana deben trabajar coordinadas con objetivos medibles y financiación estable.

Hay un argumento que debería convencer incluso a los más reacios. La prevención es más rentable que la extinción. Apostar por mosaicos agroforestales, pastoreo, ganadería extensiva en los montes y una gestión forestal activa, no solo reduce el riesgo, también dinamiza la economía rural y genera empleo. Por eso, elevar el presupuesto destinado a medidas preventi-

son pilares para que la prevención deje de ser invisible. Y a esto se suman herramientas modernas, mapas de riesgo, datos actualizados y modelos predictivos que permitan decidir dónde actuar antes de que el fuego estalle.

Los incendios no son únicamente un problema ambiental. Son una amenaza directa para la seguridad, un golpe económico y un síntoma de desequilibrio territorial. Cuando el campo se vacía, el fuego avanza.

Los montes nos sostienen. Urgen mecanismos de compensación que movilicen inversión para mantener y mejorar sus servicios ecosistémicos como la regulación del agua, conservación de los suelos, mejora de la calidad del aire, biodiversidad, captura de carbono y suministro de materias renovables clave para una bioeconomía circular. Quien reduzca riesgo, mejore hábitat o aumente sumideros, debe ser retribuido.

Invertir en prevención es invertir en un territorio vivo, con actividad y oportunidades. Cada euro destinado a gestión forestal, empleo rural o bioeconomía es un euro que fortalece nuestra resiliencia ante el cambio climático y refuerza la cohesión social.

Si seguimos tratando el fuego como una emergencia estival, repetiremos cada año

«Los incendios son la consecuencia previsible de décadas de abandono rural y ausencia de gestión forestal»

vas hasta que suponga, al menos, el 50 % del presupuesto en materia de incendios no es un gasto, es una inversión que retorna en ahorro, biodiversidad y cohesión social.

Pero prevenir no es solo técnica, es también cultura. Necesitamos una sociedad que perciba el riesgo y actúe en consecuencia. Educación ambiental, comunicación clara y formación ciudadana

el mismo drama. La prevención ya no es una opción. Es una obligación moral, ecológica y económica que exige una mirada a largo plazo, una política de Estado y un compromiso colectivo.

Ana Belén Noriega Bravo es decana-presidenta del Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Forestales y Graduados en Ingeniería Forestal y del Medio Natural.